

# PASCUA - A

« VIO

Y CREYÓ...



Hace unos años, viví por primera vez la vigilia pascual según el rito bizantino. En la penumbra, todos nos reunimos fuera, alrededor del celebrante. En silencio, nos dirigimos en procesión hacia la iglesia, cuya puerta estaba cerrada. El celebrante golpeó tres veces y, desde dentro, se abrió la puerta. ¡Sorpresa! Era un negro vacío... ¡No había nada dentro excepto un sudario!

Esta experiencia recuerda la sorpresa de María Magdalena cuando, con las primeras luces de la mañana, corre hacia el sepulcro. Con el corazón aún turbado por los acontecimientos del día anterior y abrumada por la pérdida de un ser querido, quiere rendir un último homenaje a su amado. Al acercarse al sepulcro donde había sido depositado Jesús, se da cuenta de que la piedra que lo cerraba ha sido retirada. Se queda estupefacta ante la tumba vacía: ¡el cuerpo de Jesús ya no está allí! Pongámonos en su lugar. Una mujer sola, todavía de noche. Debió de tener miedo y sentirse completamente desamparada. Corre a avisar a Pedro y a Juan de que han llevado al Señor... la única posibilidad ante la desaparición del cuerpo de Jesús.

Juan mira dentro y ve los lienzos colocados en el suelo, el sudario enrollado aparte en su lugar. Siguiendo a Pedro, entra en la tumba. Vio y creyó, dice el Evangelio. (Juan 20:8) Juan se convierte entonces en el primer creyente en hacer la primera profesión de fe en la resurrección de Jesús. Ve los discretos signos del paso de Dios. Percibe los primeros frutos de una nueva vida. El amor que habita en su corazón capta lo que escapa a los ojos de los demás. ¡Vio y creyó!

El evangelista san Juan nos presenta aquí la experiencia de fe por excelencia, y se produce sin ver a Jesús. Nos invita a mirar con nuevos ojos lo que constituyen las tumbas vacías de nuestra vida. Una invitación a creer que en el corazón mismo de lo que nos parece vacío de sentido, hay una presencia amorosa que nos espera. Una presencia tal que podemos darnos cuenta con certeza de que Jesús está realmente aquí y ahora. Yo lo veo, está vivo. ¿No es la fe ese don recibido de Dios que me permite ver las realidades de otra manera y creer que Él está ahí, muy presente, envolviéndome en su amor?

Como bautizados, Cristo Resucitado nos llama a vivir cada día esta experiencia de Pascua. Es decir, a mirarme con ojos nuevos, y a mirar con ojos nuevos a los demás, los acontecimientos, la Creación, para descubrir, más allá de los signos aparentes, los gérmenes de vida que Él ya ha depositado en ellos. Al igual que los brotes en primavera necesitan un poco de sol para abrirse, los gérmenes de vida del Resucitado, ya presentes en nosotros y en el mundo, necesitan un poco de nuestro amor iluminado por Jesús para crecer y florecer. Entonces podremos decir verdaderamente: «Veo y creo». Porque con Jesús, el amor siempre triunfa sobre nuestras tumbas vacías.



*¡Sí, el Señor ha resucitado!*

*¡Sí, está verdaderamente VIVO!*

*¡Vamos a proclamarlo con toda nuestra vida!*

*¡Felices Pascuas!*

**Hna. Louise Madore, Hdls  
Provincia de Canadá**